

tá en mi derredor lo dije, y para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto clamó en alta voz: Lázaro, ven fuera; y al punto salió el que había muerto, atados los piés y las manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario. Dijoles Jesús: Desatadle y dejadle ir. Entonces muchos de los judíos que habían ido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.

EVANGELIO DE LA MISA DEL VIERNES DE LA SEMANA DE PASION.

San Juan, cap. XI, vs. 47 al 54.

En aquel tiempo los pontífices y los fariseos juntaron concilio contra Jesús y dijeron: ¿Qué hacemos que este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él y vendrán los romanos, y arruinarán nuestro pueblo y nuestra nacion. Entonces uno de ellos llamado Caifás, que era pontífice aquel año, les dijo: Vosotros no sabeis nada ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la nacion. Pero esto no lo dijo de suyo; mas como era pontífice aquel año, profetizó que Jesucristo había de morir por la nacion, y no solo por aquella nacion, mas tambien para que juntase en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel dia maquinaban cómo matarian á Jesús. De manera que Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, mas fuése á la tierra que está junto al desierto á una ciudad que se llamaba Ephrem, y allí se estaba con sus discípulos.

CAPITULO XVI.

CURA EL SEÑOR A DIEZ LEPROSOS: LOS SAMARITANOS SE NIEGAN A RECIBIRLE.

Corrian con mucha velocidad los dias, y los sucesos de la vida de Jesús se multiplicaban tambien con la mayor rapidez, porque queria dejar perfectamente consumada la obra que su Padre le había confiado, dándose á conocer á judíos y á gentiles, á paganos é idólatras, y á todas las naciones de la tierra, cualquiera que fuese la oscuridad y la sombra en que viviesen. No sabemos á qué distancia de la ciudad santa se encontraría Jesús cuando obró otro de los mas singulares prodigios que acostumbraba en beneficio de diez desventurados, cuyos actos de caridad y beneficencia eran el único alivio que concedía, á las fatigas de sus viajes, que no por eso dejaba de emplear en obsequio de la instruccion de cuantos le acompañaban y seguian. Había pasado Jesús por en medio de Samaria y de Galilea, cuando llegando á un burgo ó canton de esta última provincia, le salieron al encuentro diez leprosos, aunque sin acercarse á él, porque la ley lo prohibía, y levantando cuanto pudieran

la voz, dijeron: *Jesús, Maestro y doctor de Israel, tened piedad de nosotros.*

Segun la narracion de san Lúcas, parece que no todos eran de una misma religion, aunque los habia juntado la miseria comun, y el deseo de recobrar la salud los impelia á buscar con afan al único que podia dársela. No habia comercio ó comunión entre judíos y samaritanos, pero habia pasado Jesús por medio de ambas ciudades; y como siempre la fama de sus milagros era el clarín sonoro que le precedia, de una y otra habian acudido á él los necesitados á quienes habia hermanado el mismo padecer. Maravillanos el ver á esta multitud de leprosos, y no nos espanta el mayor número de pecadores que ellos representaban. ¡Cuántos de estos se unen en los afectos y en los proyectos malos, y cuán pocos para solicitar y pedir su remedio! Si tanto asco causa la lepra á los ojos del cuerpo, ¿qué honra nos causaria el pecado si supiésemos contemplarle con viva fe? ¡Y quién podria sufrir la presencia de tantas gentes como viven en pecado mortal, si quitásemos el velo de todas las apariencias que deslumbran los ojos de la carne, y so mostrase la lepra espiritual que tiene su corazon tan afeado y desfigurado? Mandaba la ley que nadie tuviese comercio con los leprosos, y que fuesen echados de los pueblos. Tan triste era su condicion como la de los difuntos. Viva imágen de un cristiano que peca, el cual es arrojado de la verdadera Jerusalem su patria, desmerece el nombre de hijo de Dios, y ya no pertenece á los que viven del Espíritu de Dios que es su gracia, sino á los muertos que viven del espíritu del mundo. ¡Qué diremos del que teniendo en sí y tal vez amando la lepra del pecado quiere ser admitido entre los limpios á la participacion de los santos misterios! No es extraño que aquellos leprosos que estos otros representaban, arrojados de la ciudad clamasen al Salvador en alta voz; pues ningun otro recurso le queda al miserable, sino la agena misericordia.

Fueron oidas sus súplicas, y el Salvador, que hace alarde de consolar á los que á él acuden, no tardó ni un solo instante en prodigárselas que le pedian, y les dijo: *Id, mostraos á los sacerdotes.* Sucedió esto cuando ya el Salvador por causa de Jús habia co-

menzado á disimular su potestad en la operacion de los milagros. Por lo mismo, sin dejar que llegasen á él, se contentó con decirles en alta voz que se presentasen á los sacerdotes, los cuales solo tenían derecho para juzgar de la curacion de la lepra, y restablecer á los leprosos en la sociedad civil, después de expiados por medio del sacrificio. Por consiguiente, parecia suponer la órden de Jesús que ya estaban curados. En verdad no lo estaban, pero la idea que tenían del poder y de la sabiduría del Médico cuyo socorro habian implorado, les hizo juzgar que lo estarían antes de su arribo, en lo que no se engañaron, pues caminando con esta confianza, estando aun en el camino, desapareció la lepra.

El Evangelista no nos dice sino que Jesús los miró y los curó. Esta es aquella mirada de la infinita piedad que humilla el corazon y le deja taladrado de dolor y convertido. A la vista y mirada de Jesús sucedió el mandato; pero es preciso advertir que habia precedido la súplica, esto es, la oracion. Esta fué oída y bien despachada, porque la acompañaba la sumision y la siguió la pronta obediencia, lo que nos enseña que es vana la oracion si no está acompañada de la humildad, y que es estéril é infructuosa la penitencia que no se sujeta á las leyes y al órden que tiene establecido la Iglesia. El milagro de la curacion no les impidió el obedecer la órden que habian recibido. Presentáronse á los sacerdotes é hicieron autenticar su cura, separándose después; y uno de ellos al ver que estaba limpio, volvió glorificando á Dios á presencia de todos los que acompañaban al Salvador, dándole gracias en alta voz. ¡Cuántos abren la boca para pedir á Dios, y cuán pocos para darle gracias! Muy escaso anda entre los fieles el espíritu de gratitud; oramos por nuestros intereses, pero sin cuidar de que resulte á Dios la gloria que por tantos títulos se le debe. Nada mas propio que orar cuando se ve uno atribulado; pero nada mas justo que dar gracias cuando es atendido, y procurar no desmerecer la misericordia de aquel que premia suficientemente, vista la gratitud y la perseverancia.

El agradecido volvía por el camino alabando á Dios. No era su alabanza vana y su gratitud fingida, pues que en llegando á la pre-

sencia de su bienhechor se prostró á sus piés, pegó su rostro contra la tierra y dió las mayores muestras de agradecimiento. ¡Qué bien parece á los piés de su bienhechor el hombre que confiesa su indignidad y enaltece el bien que ha recibido! Si no es completo el agradecimiento que no va acompañado de la humildad, ¡qué diremos de los que viviendo en pecado se juzgan acreedores á la gracia de Dios y cuentan con ella para el fin de su vida? Lo que es empero mas admirable y digno de reparo es que el que manifestó tanta gratitud *era samaritano*, esto es, uno de aquellos hombres que trataban los judíos de extranjeros y de cismáticos; porque aunque descendientes de Jacob, se habia emancipado de la dominacion de Judea, y no reconocian la obligacion impuesta á todos los israelitas de adorar á Dios y ofrecerle sacrificios en su templo de Jerusalem. No son siempre mas agradecidos á Dios y mas humildes los que por educacion ó profesion están consagrados á él largos años. Cayeron en la ingratitud los otros nueve judíos que la condenaban, porque engañados por los sacerdotes á quienes se presentaron, no atribuyeron su curacion al milagro que Jesús habia obrado con ellos, sino á la observancia de la ley, presentándose á los sacerdotes.

Viendo Jesucristo á sus piés solo un samaritano, manifestó la extrañeza que le causaba esta novedad y dijo: ¿No eran diez los que yo he limpiado de la lepra? ¿Dónde quedan los otros nueve? No pregunta el Señor como ignorando, aunque bajo este concepto pregunta por los ingratos doliéndose de su ingratitud, y buscándoles da á entender que le son desconocidos, esto es, reprobados. Así como el ingrato no reconoce el beneficio recibido de Dios, así tambien desconoce el Señor al ingrato que le desprecia y se hace como olvidadizo del beneficio recibido. ¿Quién no tiene la falta de fe y la sobra de orgullo de donde nació esta dureza judaica? Por la falta de fe desconocieron los judíos el valor de los dones de Dios, y no cuidaron de agradecerlos como debian. El samaritano fiel, agradecido y humilde, condena á los judíos soberbios, desconocidos é ingratos; por esto al contemplarle Jesús rendido á sus piés le dijo: Levántate y vuélvete á tu casa; tu fe es la que te ha salvado. Obedeció el leproso; y si segun la palabra del Médico omnipotente el

debió el milagro á su fé y á su confianza, lugar tenemos de presumir que en adelante aun mereció favores mas grandes por su agradecimiento, y que este hizo de él uno de los mas fieles discípulos de su libertador.

Como Jesucristo queria andar muchas veces por los caminos y entrar en las ciudades ignorado y desconocido, en otras parece que preferia entrar en ellas con todo conocimiento de sus habitantes, y así fué que queriendo pasar por última vez por la ciudad de Samaria con el objeto de dar á los samaritanos otras grandes é importantes lecciones, envió á dos de sus apóstoles, á saber, Jaime y Juan, para que le preparasen hospedaje. De esta ciudad, en otro tiempo tan populosa, apenas queda hoy rastro ó vestigio alguno. Ni una sola casa se registra en el anchuroso espacio que ella ocupó, y tan solo se observan en su distrito dos pequeñas iglesias; una sobre la eminencia de un monte en el mismo lugar que antes ocupaba el palacio de sus reyes, y la otra edificada en honor de san Juan Bautista, en la que fué sepultado el santo precursor entre los cadáveres de los profetas Abdias y Eliseo. Envidiosos los samaritanos de las glorias del templo de Jerusalem, y enemigos de todos los que concurrían allí para adorar á Dios, aborrecian á Jesús, no solo porque sabian el gran respeto que tenia á la ciudad santa y al templo, sino porque le veian inclinado á marchar allá con motivo de la celebracion de la última pascua, por lo que no quisieron recibirle en su ciudad ni aun darle hospedaje; sobre lo que dice san Gerónimo [1]: Entre los samaritanos y los judíos habia una gran discordancia sobre el lugar donde habian de dar culto y adoracion á Dios. Los samaritanos preferian el monte *Garizim* á Jerusalem, y viendo que Jesús marchaba á esta ciudad, á la que miraban como á su rival y enemiga, no quisieron recibirle, aunque parece que esto puede tener otra inteligencia. Puede decirse que fué voluntad del Señor Dios su Padre el que no fuese recibida por los samaritanos, puesto que marchaba á Jerusalem para padecer y derramar su sangre, no fuese cosa que entretenido con la recepcion que los samaritanos le hiciesen, y ocupado en su ensenanza, difiriese el dia de la pasion

[1] Div. Hieronim. quest. 5 ad Aglaciam.

que habia venido á sufrir por los hombres. Así que, si marchando Jesús á Jerusalem le resistieron los samaritanos, tambien debes pensar tú que si al cielo quieres dirigir tus pasos, tendrás en la tierra rñias, ódios y discordias que te harán la guerra, pero no desmayes y en cuanto puedas procura serte útil á tí mismo.

No se alteró por esta repulsa el corazon mansísimo del Salvador, sino que quedó en medio de la mayor tranquilidad para darnos ejemplo de que cualquiera que sea la tribulacion que contra nosotros el mundo levante, debemos acudir á él que es nuestro gozo y nuestra salud, animándonos con su ejemplo á padecer y sufrir con la mayor buena voluntad y alegría. Prueba es de un corazon pacífico y verdaderamente resignado y conforme con la voluntad de Dios, sentir pena cuando con gozos el mundo nos regala, y alegrarnos con cualesquiera pena y aflicciones con que quiere afligirnos. El modo de dulcificar nuestras penas es unir las de Cristo; y como estas son siempre infinitamente mayores que las que pueden sobrevenirnos, unidas las nuestras con aquellas, nos parecerán siempre sobremana dulces.

Los dos apóstoles, Jaime y Juan, se enardecieron en extremo; y viendo la ingratitud de los samaritanos para con su Maestro, le dijeron de esta manera: Señor, ¿quieres que digamos bajo fuego del cielo y consuma á estos que no han querido recibirte? ¡Oh, cuánta y cuán grande era la fe que tenían en Jesús, pues creían que con solo pedirle este permiso era muy suficiente para que se viese verificado su deseo! Pero Jesús estaba muy lejos de pensar como ellos; y si en otro tiempo fué con este motivo alabado el celo de Elias, en esta ocasion fué altamente reprobado en el de sus apóstoles. No era la caridad, ni el amor á la correccion verdadera, ni el deseo de ver acabada la malicia de aquel pueblo lo que su celo dirigia, sino mas bien la impaciencia y la indiscrecion, y el deseo de la venganza. Por esto Jesús, mirándolos con rostro airado les dijo: No sabeis á qué espíritu perteneceis. El Hijo del hombre cuyo ejemplo de mansedumbre y lenidad debéis imitar, no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos. Significándoles con esto que siempre es indiscreto el celo si no lo modera una discreta volun-

tad. Y el venerable Beda en la exposicion de este lugar dice [1]: Les ha dicho el Señor: ¿No sabeis á qué espíritu perteneceis? porque perteneceis al Espíritu Santo, que es bueno y suave; y como no reconoceis bien que estais marcados con este Espíritu de amor y de paz, por esto quereis tomar una venganza por el espíritu de ódio, lo que de ninguna manera es lícito á los siervos de Dios, y les añadió: El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas por el rigor de su justicia imponiéndolas desde luego la pena de muerte como vosotros deseais, sino que ha venido para salvarlas por la misericordia y por la relajacion de la pena; esto es lo que mas conviene para los miserables, pues mas pronto se salvan por el amor que por el rigor. Y san Crisóstomo concluye [2]: Jamás provoquemos la venganza contra otro, porque nosotros mismos aflamos la espalda y abrimos mayor herida en el seno de nuestro propio corazon. Si alguno nos afligió y causó algun daño y queremos vengarnos de él, no nos vengemos. La mejor venganza es no vengarnos aunque podamos. Si no te vengas, haces á Dios enemigo del que te ofendió y serás vengado á su tiempo, pues á su pueblo dijo Dios: "Mia es la venganza y yo les daré el pago á su tiempo para derrocar su pié: cerca está ya el dia de su perdicion, y ese plazo viene volando. Ved como yo soy el solo y único Dios, y como no hay otro fuera de mí. Yo mato y yo doy vida; yo hiero, yo curo, y no hay quien pueda librar á nadie de mi poder. Alzaré mi mano al cielo y diré: Vivo yo para siempre; que si aguzare mi espada y la hiciere como el rayo, y empuñare en mi mano la justicia, tomaré venganza de mis enemigos y daré el pago á los que me aborrecen. Ensalzad, oh naciones, á su pueblo, porque el Señor vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus enemigos, y derramará su misericordia sobre la tierra del pueblo suyo [3]."

El Señor pues, que anunció con toda claridad que todas las cosas cedían á su vista, es el que así habla y esto dice. Si pues tú aborreces á aquel que contra tí pecó y de él quieres tomar venganza,

[1] Ven. Bed. in cap. 9 Lucæ.

[2] Div. Crisostom. Hom. 50 in Joann.

[3] Deutor. cap. 32, v. 36 et seqs.

¡por qué no adviertes que con esto pecas y caes en la misma pena que condenas! Si fueses por tanto insultado, á nadie insultes; si fueses herido, á nadie hieras; si te vieses molestado y afligido, á nadie alijias ni molestes, porque si lo contrario hicieres, ninguna ventaja para tí reportas, antes bien te haces en todo semejante á aquel á quien condenas. Nunca un mal sanó á otro mal; todos los males se curan con sus contrarios. El contrario de la venganza es la caridad, siempre mansa, humilde y afable.

ORACION.

Dulcísimo Jesús y amantísimo Padre mio; yo, miserable leproso, cubierto con la asquerosa variedad de mis pecados, vengo á tí, piadosísimo Médico, confiado en la multitud de tus misericordias: yo, sucio y manchado, corro á tí, que eres limpio y purísimo, para que te dignes sanar mi enfermedad, lavar mi fealdad y dirigirme por el camino de la salud. Concédeme que siempre tenga presentes tus beneficios y que te dé continuas gracias por los muchos que me has dispensado. Déntelas por mí la bienaventurada la Virgen María y todos los santos y ciudadanos del cielo, juntamente con todas las criaturas de la tierra. Acaba, Señor, esta obra que tú mismo has empezado, y puesto que no te vengaste de los samaritanos que se negaron á recibirte, sino que sufriendolo con paciencia y humildad te marchaste á otro lugar, no me condenes á esta pena, aunque alguna vez por mis culpas y pecados te arroje de mí; antes al contrario. llámame con tu misericordia, admíteme con tu amor, úneme contigo con la gracia, y no permitas que vuelva á hacerme indigno de tu dulce compañía. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVII de san Lucas, desde el versículo 11 hasta el 19; y al IX del mismo, desde el versículo 15 el 56, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto del capítulo XVII como propio de la misa de la Dominica décimatercia después de Pentecostés; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA DECIMATERCIA DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, cap. XVII, vs. 11 al 19.

En aquel tiempo, yendo Jesús á Jerusalem, pasaba por medio de Samaría y de Galilea. Y entrando en una aldea le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz diciendo: Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros. Luego que los vió les dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y aconteció que yendo ellos, quedaron limpios. Entonces el uno de ellos al ver que estaba limpio, volvió glorificando á Dios en alta voz, y se prostró á sus piés, rostro por tierra, dándole gracias, y este era samaritano. Y respondiendo Jesús dijo: ¿No son diez los que han quedado limpios? ¿Pues los nueve dónde están? No hubo quien volviese y diese gloria á Dios sino este extranjero, y le dijo: Levántate, vete, tu fe te ha salvado.

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO XVII.

CONTESTA JESUS A LA PETICION DE LA MADRE DE LOS HIJOS DEL ZEBEDEO; DA VISTA A UN CIEGO ANTES DE ENTRAR EN JERICÓ; LLAMA DESPUES A SAQUEO, Y AL SALIR DE DICHA CIUDAD ILUMINA A OTROS DOS CIEGOS.

Cosas hay en el mundo que cuanto mas se presentan á la vista y consideracion de los hombres, tanto mas oscuras é irrealizables les parecen, ya porque miradas por una parte, son, ó al menos parecen absurdas, ya porque contempladas por otra no ofrecen á la consideracion humana mas que motivos de incredulidad. Una de estas era la pasion del Hijo de Dios tantas veces anunciada por él mismo á sus apóstoles, con tan minuciosos detalles, que no se comprende cómo podian dudar de ella ni un solo instante, viendo que Jesús autorizaba y confirmaba sus doctrinas con milagros los mas papentes, y estando ya la prediccion tan cerca de cumplirse. Con todo eso, ellos dudaban, ó por mejor decir, no entendieron cosa alguna de lo que su divino Maestro les decia. La vista de tantos horrores era para ellos un enigma inexplicable. Entre sí imagina-

ban que las palabras del Señor podian tener algun sentido misterioso, y se lisongeaban que el tiempo y las circunstancias se lo aclararian. De esta manera interpretaban siempre lo que en algunas ocasiones les decia de afrontas que iba á recibir, de azotes de muerte y de cruz. Como no habian aprendido aun á amarla, no gustaban oír hablar de ella; y como amaban la honra, pensaban con mucha frecuencia en ser antepuestos y valer mas que los demás; y como por otra parte es el amor propio tan ingenioso, que así como sabe desfigurar lo que le asusta, así tambien sabe engrandecer lo que le lisongea, estaban firmemente persuadidos que de cualquier manera que sucediesen y debiesen entenderse las cosas, ya estaban tocando el momento de ver el reino de Israel restablecerse á su antiguo esplendor; de cuyas ideas no se desengañaron durante la vida de Jesucristo.

Empapados pues como estaban de ellas, hablaron un dia los dos hijos del Zebedeo, Juan y Diego, á su madre [1] para que pudiese al Salvador para ellos una cosa que mostraba bien su inclinacion á reinar. Instruida esta mujer por sus hijos, se presentó al Salvador, le adoró con respeto y le suplicó tuviese á bien concederle una gracia que le iba á pedir. Condescendió su Majestad con su súplica, y aun la manifestó la complacencia que tendria en que le pidiese. Animada con esta oferta, y mas persuadida no solo por las relaciones de parentesco, sino tambien porque era una de aquellas mujeres devotas que de ordinario iban en seguimiento de Jesús y de sus discípulos, tanto para oír las doctrinas del Salvador, cuanto para servirles en todo aquello que pudieran necesitar unos caminantes que siempre estaban en movimiento y no tenian morada fija sobre la tierra, le dijo: *Disponed, Señor, que mis hijos, á quienes estais viendo, tengan los dos primeros lugares ó asientos en vuestro reino, y que cuando entráreis en posesion de vuestra gloria, el uno se sienta á vuestra diestra y el otro á vuestra siniestra*, sin que por consiguiente sea permitido á alguno de los otros discípulos pretender preferencia sobre ellos. Pudo bien suceder, que la espe-

[1] Div. August. lib. 2 de Cousens. Evangelis. cap. 64 et alii.

de los doce tronos sobre los cuales habia dicho Jesús poco tiempo antes que se sentarian sus apóstoles después de su resurreccion para juzgar las doce tribus de Israel, diesen motivo á la pretension de los hijos y á la peticion de la madre; por lo que escuchando el Salvador con paciencia el discurso de Salomé, que sin duda no sabia cuál era el reino que venia á establecer, ni qué sillas eran las que en él preparaba á sus apóstoles, ni menos la vereda empinada y fragosa por donde habian de subir á ellas, sin desairar á la madre dirigió su respuesta á los hijos y los trató, no como merecia su ambicion, sino con la mayor amabilidad y ternura, haciéndoles ver cuán ageno estaba de tener el modo de pensar que ellos, y así les dijo: Vosotros no sabeis lo que pedís. Dais bien á entender segun esto, que no habeis entendido aun qué cosa es mi gran reino, cuáles son sus primeros puestos, y por qué medios se sube á ellos; y así les añadió: *¿Tendreis aliento para beber vosotros el cáliz que yo voy á beber? ¿O para ser bautizados con el bautismo con que yo he de serlo?* En el nombre de bautismo entendia el Salvador el de la sangre que debia de derramar, y por el cáliz explicaba su muerte sobre la cruz. Bien conocieron los dos discipulos que el Señor queria hacer prueba de su generosidad, y así ambos á dos le respondieron con mucha prontitud: *Señor, podemos.* Mostróles el camino para llegar, no á las sillas que ellos pedian, sino á las que les convenia; lo que fué decirles: Si quereis llegar á donde voy yo, debeis andar por el camino que yo ando. Soy Hijo de Dios y camino por la senda de la humildad. Bajé de lo alto, y humillado volveré á subir. Para llegar al monte es preciso subir desde la profundidad del valle. Si aspirais á la silla de la gloria, habeis de beber primero el cáliz de la humildad [1].

A pesar de esto no puede menos de admirar la contestacion de los apóstoles, diciendo á Jesús que podrian beber como él el cáliz amargo de la pasion y muerte; porque segun la idea del mismo san Agustin, fué esta respuesta como la promesa que hizo Pedro á Cristo, de que no se apartaria de él hasta la muerte, la cual bien presto

[1] Div. August. Serm. 329.

fué quebrantada con dos palabras que le dijo una pobre mujer [1], aunque parece que la respuesta de Pedro nacia de la caridad y no de la ambicion. Presumian alcanzar lo que deseaban, mas no reparaban en la flaqueza que tenian para llegar á lo que neciamente pedian. La ambicion los cegó para que no viesen su flaqueza; disminuyó en ellos el temor, y dióles corazon para prometer lo que no podian cumplir por sí mismos; sin embargo, la respuesta de Jesús afirmó hasta cierto punto la fortaleza de su corazon, pues les dijo: *Ciertamente que bebereis mi cáliz.* No dijo vuestro cáliz, sino el mio. Y fué como si dijera: Padecereis y morireis por mí, porque al mártir no lo hace la pena, sino la causa. Esta respuesta del Salvador puede considerarse como otra nueva revelacion de su pasion y muerte, hecha en particular á sus parientes mas cercanos; por lo que dice san Crisóstomo [2]: Conveniente era que el Señor revelase este misterio á sus parientes mas inmediatos, pues la gloria de Dios y la salud de los hombres está cifrada en la pasion y muerte de Cristo. Ninguna cosa hay que mas derechamente pertenezca á los hombres, que la muerte de su Redentor; ni tampoco hay otra por la que mayores gracias debamos dar á Dios, que la muerte de su Hijo.

Tampoco es extraño que así particularmente quisiera hacer á sus mas amados amigos esta revelacion importantísima, pues las acciones grandes solo á los grandes amigos deben revelarse; y era tan necesaria esta revelacion, cuanto convenia que los apóstoles estuviesen perfectamente cerciorados de lo que habia de suceder, para que supiesen padecia voluntariamente, y para que no dudasen de que habia de resucitar. Sin duda por el temor de la pasion tantas veces predicha y anunciada por Jesús, resistian los discipulos que su Maestro subiese á la ciudad santa y elevada; pero allí se encaminaba el Señor con todos los afectos de su corazon, y aun desde lejos dirigia á la ciudad amada los mas tiernos y ardientes coloquios. Habia venido para obrar la salud de todo el universo, segun la expresion de la Escritura, y Jerusalem está situada en medio de la

[1] Id. in Ps. 103, et Serm. 3, n. 9.

[2] Div. Crisostom. Hom. 35 Oper. imperfect.

tierra, para que como desde un centro se dirigiesen los rayos de luz y los ríos de sangre, á iluminar y regar toda la tierra. A la parte del Oriente de Jerusalem está situada la Arabia, la que en tiempo de los hijos de Israel era una soledad vastísima y un desierto casi intransitable, por el que detuvo Dios á los hijos de su pueblo por espacio de cuarenta años, haciéndoles llover el maná del cielo, y manar el agua de la peña, cuya Arabia está dividida de la Judea por el mar Muerto. A la parte del mediodía de Jerusalem se registra el Egipto con todas sus vastas regiones, por cuya razón, al sacar Dios á los hijos de Israel de la esclavitud de aquella ciudad, y dirigiéndolos por el camino del desierto, que es el de la Arabia, les hizo dar una vuelta tan espantosa. Por la parte de Occidente está circumbalada por el mar Grande, y por la de Septentrion lo está por la Siria y el mar Ciprio, de lo que concluye estar la ciudad santa colocada en medio de la tierra; y como el que preside y manda ocupa el sitio de preferencia, que es el del medio ó el centro, por esta razón el Dominador de toda la tierra padeció en medio de ella. Los apóstoles, que habian de predicar el Evangelio por todo el mundo, habian de partir desde el centro á la circunferencia, llevando el estandarte de la cruz y el signo de la redención á las extremidades de la tierra; y padeciendo en todas partes persecuciones y martirios por la fe del Salvador, se habian de sentar á su derecha é izquierda bebiendo el cáliz amargo de su pasión. Pero entrando en el secreto misterioso de la contestación de Jesús á sus apóstoles, se nos descubre con mas extensión esta interesantísima idea que ella encerraba, pues les dijo: El que os sentéis á mi derecha ó á mi izquierda, no me toca á mí concedéroslo, sino es para aquellos á quienes está preparado por mi Padre. Lo que significa segun san Crisóstomo [1], que el Señor no queria hablar con ellos de honores y coronas, sino de agonías, sudores y muerte, como si les dijera: No es este tiempo de hablar de premios, sino de luchas, de peligros y de muerte; porque nadie puede reinar con Cristo si antes no padece con Cristo. Determinó Dios que ninguno llegue á su reino si

[1] Div. Crisostom. Hom. 66 in Math.

no fuese merecedor y digno de ello. Como no es aceptador de personas sino de méritos, á ninguno da la salud y vida eterna si no la merece, porque la igualdad del amor, como dice san Agustín [1], no permite la acepción de personas. Y el venerable Beda añade: No me toca á mí concedéroslo, porque no puedo concederlo á los soberbios, y soberbios sois ahora. Ellos podian replicar: Seremos humildes; y Cristo les podia repetir: Pero ya no seréis vosotros. No premia Cristo la sangre, sino la virtud. A Cristo ignoran los que no saben esta filosofía. Infieles son y traidores los que estando imbuidos en ella, no tienen ánimo para ponerla por obra [2].

Así mortificados, no insistieron mas los dos apóstoles; pero no bastó esto para apaciguar la indignación de los otros diez, que habiéndose hallado presentes y entendido la pretension hecha empezaban á murmurar, hasta que llamados por el Señor y haciéndoles un admirable razonamiento sobre aquel asunto, calmó enteramente sus espíritus. Juntólos al redor de sí, y como Maestro amoroso les dijo: *Bien sabeis cómo se portan los príncipes y los reyes de las gentes: gobiernan con imperio, dominan á sus súbditos, y á las veces los tratan como esclavos.* Lo que fué decirles: ¿Acaso vosotros habeis aprendido en mi escuela que este sea el modelo que os debais proponer? No ha de ser así vuestra conducta; antes bien cualquiera que entre vosotros quiera ser mayor en los ojos de Dios, debe ser el mas pequeño y siervo de todos los demás; pues no mandando, sino sirviendo á sus hermanos, es como se consiguen los primeros lugares en mi reino. El ejemplar lo teneis á la vista: *El Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino es á servir y á dar su vida por la redención de muchos.*

Jesucristo, á quien la necesidad de instruir á sus apóstoles habia detenido algun tanto, volvió á seguir su camino con la misma diligencia que antes, y llegó hasta cerca de una llanura muy grande extendida á uno y otro lado del Jordan, en la que se hallaba una ciudad de muy gloriosos recuerdos para los hijos de Judá, la que se llamaba Jericó. Conforme se iba acercando, iban acudiendo á su

[1] Div. August. lib. 1.º de Trinit. cap. 12.

[2] Ven. Bed. in cap. 10 Marci.

Majestad los habitadores de la campiña, y bien presto se halló rodeado de un cortejo numeroso. Jericó distaba dos leguas del Jordán y siete de Jerusalem; y habiendo sido en otro tiempo tan célebre, se halla hoy arrasada hasta en sus cimientos, conservándose solamente la casa de Raab en testimonio y señal de su fe, cuyas paredes todavía permanecen si estar cubiertas con algun techo. En las inmediaciones de dicha ciudad se conserva asimismo aquella preciosa fuente, cuyas aguas eran amargas para beber, y esterilizaban la tierra que con ellas se regaba, las que Eliseo convirtió en dulces para beber, haciéndolas fértiles para regar. Esta fuente nace bajo el monte *Querentana*, que dista dos millas de aquella misma ciudad. A ella pues se encaminaba el Señor para sanar, como dice san Gerónimo [1], muchos enfermos que en ella habia, y antes encontró en el camino un pobre ciego que estaba pidiendo limosna á los que pasaban. Por el grande movimiento y prisa que manifestaban los transeuntes, conoció que no muy lejos de él sucedia algun suceso grande; y habiendo preguntado qué era aquello, se le contestó que era Jesús Nazareno el que pasaba por el llano de Jericó, acompañado de un gran concurso de gente que iba en su seguimiento. Era Jesús conocido en todo el país, y aun los extranjeros de los cuales podia ser este ciego, sabian que él era Hijo ó heredero de David, prometido á su nacion por su Cristo y por su Rey. Los pobres y afligidos sabian tambien mejor cuál era para con ellos su compasion, y ninguno dudada de su poder.

Grandes son los misterios que empiezan á descubrirse de nuevo. Jericó representa al mundo, el ciego las tinieblas espirituales del hombre. Dolémonos de que nos falten ojos para ver las cosas corporales que nos pierden, y no sentimos que nos falten ojos espirituales para conocernos á nosotros mismos, para ver la verdad y distinguir el camino de la salvacion. La ceguedad del corazon hace que el hombre esté de asiento en los caminos del mundo, que son los que conducen á la perdicion eterna: ¿y quién nos sacará de ellos? ¿Por ventura los otros ciegos que por ellos caminan? ¡Ah! Esos nos

[1] Div. Hieronim, in cap. 10 Marci.

asegurarán mas en la miseria, y harán mas duradera y estable nuestra ceguedad. Solo aquel nos salvará, que pasa por junto á Jericó para llevarnos á Jerusalem.

Tampoco es extraño que el ciego pidiese limosna, porque la miseria y la ceguedad espiritual andan siempre juntas. La gran miseria del hombre no consiste tanto en no tener nada y en estar necesitado de todo, como en no tener ojos para ver su pobreza, y en cerrarse él mismo con su orgullo los tesoros de la divina misericordia. La curiosidad del ciego tambien fué un don de Cristo. Muchas cosas parecen casuales en la vida, y el órden de la gracia ayudan poderosamente á nuestra santificacion. Dichosa fué para el ciego la calamidad temporal que le sirvió de ocasion para buscar y conocer á Cristo, y expetimentar en sí la grandeza de su misericordia. Lleno pues de confianza empezó á clamar con todas sus fuerzas y á decir: *Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí.*

Muy bien oyó el amoroso Salvador los clamores del ciego, pero no parecia estar movido de ellos; por lo que el desventurado los redoblaba sin cesar. Los que iban en frente de la tropa y creian que el Señor caminaba al parecer sin atenderle, le reprendieron y mandaron callar. Clama por la cura el que conoce la enfermedad, desea la salud y está seguro de la habilidad y de la bondad del médico. Vivísimo es el clamor de la fe cuando nace de las entrañas de la humildad. Este grito es el principio de la curacion y la prenda del perfecto restablecimiento; y como el demonio no ignora que por el clamor de la oracion pierde en nosotros su reino y su dominio, por esto hace que á los clamores de nuestro espíritu los sofocuen las sugerencias y tentaciones, imposibilitándonos para que clamemos á Dios. Como el ciego se hizo sordo á todas las razones y amenazas de los que querian impedir su grito, así tambien debemos hacernos sordos á las amenazas y sugerencias del infierno, clamando á Dios con tanto mas fervor, cuanto mayor es la tentacion con que el demonio nos amenaza y fatiga. El Señor estaba mas complacido del ciego de lo que manifestaba. Y así, habiendo llegado frente del humilde suplicante, que cada vez arreciaba mas su voz y clamaba con mas fe, se detuvo su Majestad y mandó que se lo trajesen. La hu-

milde y constante oracion animada por la fe, alentada con la esperanza, y brillante con el fuego de la caridad ó del amor, detuvo los pasos de Cristo, porque de asiento está su misericordia sobre todos los que le invocan con espíritu de verdad. El mandamiento de Cristo fué una canonizacion de la fe del ciego, y el disponer que se lo trajesen fué la primera intimacion que le hizo de que para seguirle á él debía renunciar el mundo; y bien podia y debía hácerlo, porque Cristo le atendió cuando el mundo reprendia su clamor. ¡Siempre se ópone el mundo á los que buscan á Cristo!

Luego que el Salvador tuvo cerca de sí al ciego miserable, le dijo: *¿Qué es lo que quieres que haga contigo? Señor, respondió el ciego; en el estado que me hallo, ¿qué puedo yo querer, sino es que hagais que vea?* No pidió riquezas ni honras del siglo, sino ojos para ver. Inspiróle el deseo de la salud, y le preguntó después qué quería. Obra es de la gracia el consentimiento que presta el hombre para sanar de sus vicios. ¿Qué es todo el mundo para el que no ve en sí la esclavitud y la necesidad del rescate? Sin embargo, lle- no está el mundo de ciegos que no desean ver, que aman la ceguera y aborrecen la luz. Con mayor ansia desea Cristo darnos los ojos del corazon que al otro los del cuerpo; mas porque amamos los vicios y deseamos permanecer en ellos, no queremos la luz que nos hace ver su fealdad y nos estrecha á buscar á Cristo.

Como el ciego estaba animado de la fe, manifestóle Jesús que eran iguales sus deseos, y le dijo: *Tambien quiero yo que veas; abre los ojos y mira; tu fe es la que te ha dado la vista.* El milagro se obró en un momento; premió Cristo un don con otro don, la fe con la vista. La gracia crea la fe, la fe invoca y atrae la misericordia y la asocia á la omnipotencia. La misma palabra que sacó de la nada el mundo, cria en el hombre un corazon nuevo, trueca sus tinieblas en luz, y da al esclavo la libertad verdadera. ¡Para qué te alumbra Dios, sino para que veas y cumplas las obligaciones de la religion, para que le conozcas á él y le ames; para que avives la fe con las obras, y en todo lugar y tiempo tengas delante de los ojos á Jesucristo, obedeciendo su ley é imitando su obra? Por esto tan luego como el ciego se halló de vista clara, no dilató el manifestar

su reconocimiento. Fué en seguimiento del Salvador, exaltando las grandezas de Dios. Toda la tropa que acompañaba á Jesús, movida como era razon de una maravilla tan grande, dió públicamente gracias al Señor en el mismo lugar donde se habia obrado; porque el corazon agradecido se va siempre tras los ojos alumbrados con la luz de Cristo. ¿De qué le sirve al caminante el día si no anda en él? ¿Qué importa que la fe alumbre sus ojos, si sus piés no los mueve el amor? ¿Ni en qué se conocerá que se echó la ceguera del alma, si no se sigue á Cristo? Para seguirle es necesario darle gloria, y se la da aquel que con sus obras acredita la santidad de su ley y ensalza la grandeza de su misericordia. Los amadores del mundo niegan la gloria de Cristo, y la dan al mundo á quien aman. No se da gloria á Dios porque no se contemplan perfectamente sus obras. Los que admiraron la iluminacion del ciego, contemplan la obra portentosa que acababan de ver, y no pudieron menos de prorumpir en alabanzas del Señor.

No pasó el Señor mucho mas adelante aquel día, retiróse por la noche hácia los contornos de Jericó, y pasó tres dias recorriendo aquel país, derramando en todas partes como solia, pruebas singularísimas é inequívocas de su bondad. Entró por fin el tercero en la ciudad acompañado de una grande multitud de pueblo: un hombre rico que hacia largo tiempo que deseaba ver á Jesús y que le tenia por el gran Profeta de Israel, fué avisado de su paso y le salió al encuentro para verle. Era este uno de los principales publicanos del país, rico, como lo llegan á ser los publicanos de su profesion; pero era de muy baja estatura, y así permanecia como encerrado y aprisionado entre la muchedumbre, siendo inútiles todas sus diligencias para ver al Salvador. ¿Cuán cierto es que el ruido y tropel de los negocios del mundo es un impedimento cierto y casi insuperable para ver y conocer á Cristo! La estatura de Zaqueo es imagen de la insuficiencia del hombre para hacer, desear y pensar cosa alguna que le lleve al conocimiento de Cristo. Viéndose pues Zaqueo en este estado, tiene la feliz ocurrencia de subirse á lo alto de un sicómoro, por cuya inmediacion habia de pasar Jesús para tener el gusto de verle. Tuvo la dicha de ver y de ser visto del

Salvador, porque la gracia se adelanta á la naturaleza, le da piés para que corra en busca de su remedio y la eleva sobre sí misma; para que sobrepujando á los impedimentos de la humana corrupción, conozca al que es principio de su curacion; así fué no solamente mirado, sino tambien llamado del Salvador por su propio nombre. Mandóle bajar prontamente, y con semblante muy agradable le dijo: Que para darle gusto entero y que pudiera gozar úespacio de su presencia, queria hospedarse aquel dia en su casa, porque así convenia.

De los judíos, dice san Ambrosio [1], hizo paso el Salvador para llegar á los gentiles. Y como pasaba de todos los pueblos, haciendo bien á todos, preparando los hombres para la adopcion de Hijo de Dios que habia de obrar en ellos muriendo, Jericó no habia de ser la ciudad abandonada del Señor, en la que no diese muestras inequívocas de su natural clemencia, estando tan cerca de la muerte. Zaqueo era el publicano, nuevo fruto del tiempo nuevo, en el cual se habia de cumplir misteriosamente lo que estaba escrito en los cánticos sagrados: *La higuera produjo sus higos* [2]; porque el sicómoro era una especie de higuera, y Cristo vino á la heredad del mundo para que los árboles produjesen hombres y no fruta, como asegura el mismo san Ambrosio. A Natanael vió Cristo debajo de la higuera, porque aun estaba fuera de la ley [3]; á Zaqueo empero encima de la higuera, porque ya estaba sobre la ley. Aquel era para Cristo aculto defensor, este era público predicador. Aquel buscaba aun á Cristo en la ley, este otro, superior á la ley, dejaba lo suyo y seguia al Señor.

Como no aspiraba Zaqueo á tan alta dicha, como era la tener á Cristo hospedado en su casa, y conoció cuán horrorosa y ventajosa era para él la bondad y dignacion del Salvador divino, bajó precipitadamente del árbol, lleno de alegría, en señal de que aceptaba la propuesta de Jesús, condújole inmediatamente á su casa y lo trató con el mayor aprecio y veneracion. La gracia es pronta, no sufre

[1] Div. Ambrosio, in cap. 19 Lucæ.

[2] Cant. 1, v. 13.

[3] Joan. cap. 1, v. 48.

dilacion ni obedece con alegría. El humilde solo desea subir al árbol de la fe, para adelantar en el conocimiento y en el amor de Cristo, y para ejercitarse después en la misericordia.

Siempre es el pueblo veleidoso é inconstante, y tan pronto aprecia como desprecia; tan pronto admira y aplaude, como murmura y critica; y rara vez deja de suceder lo que es hoy para él motivo de aprecio, no lo sea muy pronto de insulto y desprecio; y así sucedió puntualmente en esta ocasion. Todos los que vieron el obsequio y singular favor que Jesús dispensó á Zaqueo, empezaron á murmurar porque iba á hospedarse en casa de un publicano, como si este hecho fuese una pública aprobacion de sus pecados. Era esta una calumnia muy grosera para que mereciese la refutacion de Jesús. Zaqueo respondió victoriosamente á ella con hechos grandiosos y admirables, y justificó al mismo tiempo el proceder del Salvador, haciendo ver que habia ido á visitarle con el intento de convertirle. La sabiduría de la carne juzga siempre por lo que se ve; y como no puede sondear las interioridades del espíritu ni comprender los arcanos de la providencia y sabiduría de Dios, trueca con mucha facilidad las ideas de las cosas que tiene á su vista, y así se engañó en la que habia formado por haber ido el Salvador á la casa del publicano. Después de haber oido Zaqueo con la mayor atencion las dulces reconveniones de Jesús, para confusion de los que habian murmurado, le dijo de esta manera: Señor, yo confieso delante de ios que están aquí presentes y me conocen que soy un grande pecador. Nada tengo que alegar en mi defensa, y Dios no quiere que aumente el número de mis pecados, excusándolos. Si hasta ahora he escandalizado al público, quiero se sepan las resoluciones que tomo para en adelante. *De todo lo que poseo destino la mitad para los pobres: arreglaré mis cuentas, y después de examinadas daré cuatro veces mas de lo que pueda haber quitado á cualquiera que hubiese defraudado alguna cosa.* En verdad que solo la mano de Dios podia obrar en el corazon del hombre una mudanza tan prodigiosa y repentina, sustituyendo en él tan heróicos y sublimes deseos y resoluciones, no habiendo tenido en su vida otro pensamiento mas que el de amontonar riquezas. Este pensamien-

to de Zaqueo no pudo menos de ser aprobado por Jesucristo, condenando entonces con su aprobacion como condenarán algun dia con su juicio y justicia la dureza de algunos ricos, que no solo resisten dar á los pobres de lo supérfluo que en sus casas tienen, sino tambien el restituir lo mal adquirido. A la confesion del pecado no quiso diferir Jesucristo el remedio, y quiso tambien que la satisfaccion fuese la mitad mayor; por lo que testificó el mismo Salvador delante de todo el mundo la satisfaccion que tenia de aquel pecador arrepentido, diciendo: *que aquel era dia de salud para la casa de Zaqueo*; que aquel publicano era un verdadero hijo de Abraham, y que él entraba en su casa para librarle de su mal estado.

Condenó aquí el Salvador la temeraria murmuracion de los fariseos, y premió la fe obediente y humilde del publicano contándole entre los hijos de la promesa. Mas no entendieron aquellos murmuradores el misterio de la gracia cristiana que agrega á la raza de Abraham las familias de los gentiles, y de ambos pueblos hace uno solo unido con la llave maestra de la piedra angular que es Jesucristo; todo lo que fué como decir á los que se hallaban presentes: Este es el momento en que la fe de Zaqueo, su obediencia á las órdenes de Dios, su equidad, su desinterés y su caridad, han hecho de él un hijo verdadero de Abraham. Tambien es uno de aquellos por quien el Hijo del hombre ha venido á instruir y enseñar en su persona, y á ejercer su ministerio sobre la tierra. Pues ha sido enviado el Hijo primogénito de los hijos de los hombres á todos los parajes de la Palestina, para ir á buscar desde luego por sí mismo, recoger y salvar las ovejas que estaban perdidas de la casa de Israel. El Hijo del hombre que ha venido á buscarnos y salvarnos es Jesucristo, que es la luz de nuestras tinieblas, medicina de nuestros males, camino de nuestro destierro, amparo, seguridad, adelantamiento, perfeccion, principio y término de nuestra vida: así que, por adelantados que estemos en el camino de la perfeccion, si queremos no desmerecer la gracia medicinal y la perseverancia final, es preciso creamos siempre que pertenecemos al número de los que han perecido. El venerable Beda sobre este pasaje dice [1]: Esta es aque-

[1] Ven. Bed. in cap. 19 Lucas.

lla necesidad que el publicano convierte en sabiduría cogiéndola del sicómoro, como quien coge fruto del árbol de la vida, puesto que aparece después tan sabio cuanto fué necio anteriormente. Sabiduría es devolver con usura las cosas defraudadas, restituyéndolas á su legítimo dueño; sabiduría es renunciar las cosas propias y despreciar las visibles para conseguir las invisibles; renunciarse á sí mismo y desear morir para vivir después y reinar con Jesucristo; y sabiduría es en fin seguir constantemente las pisadas de aquel que nos dice: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres; y si quieres alcanzar el reino de los cielos, toma tu cruz y sígueme*: para esto vine, dice Dios, del cielo á la tierra tomando carne y haciéndome hombre, para buscar con la doctrina y salvar por la gracia lo que estaba perdido por la culpa. Perdida tenia el hombre la inocencia de su naturaleza, la semejanza de la gracia, la adopcion de la gloria. Por lo primero es comparado á la oveja perdida; por lo segundo, á la dracma tambien perdida; por lo tercero al hijo pródigo. Estas tres cosas vino á reparar Jesucristo; y así nos dijo por san Lucas: *No viene para llamar á los justos, sino los pecadores á penitencia*; sobre lo que nos dice san Crisóstomo [1], esto es, lo mismo que si el Salvador hubiere dicho á las turbas y á los fariseos que murmuraban: *¿Por qué me acriminas si vengo á justificar los pecadores?* Tan lejos está de mí el tenerles ódio, que vine al mundo por el amor que les tengo. Para sanarlos vine como médico, y no como juez para condenarles; por esto me hago convidado de los enfermos, y padezco, y sufro el hedor intolerable que exhalan, para prestarles el remedio que necesitan. En verdad que es benigno y pío el Maestro divino, que acalla la murmuracion de las turbas con la explanation de los misterios que no comprendian ellos, enseñándoles que la busca y el remedio de los pecadores era el importantísimo negocio que su Padre le habia confiado.

Después de todo esto salió Jesús otra vez de Jericó acompañado de una multitud de turbas que deseaban oír por mas tiempo sus doctrinas, y emprendió su marcha por el camino del desierto para po-

[1] Div. Crisostom. in cap. 9 Math.

der explayar con mas desahogo los amorosos afectos de su corazon en bien de aquella inmensa multitud que deseaba nutrir su espíritu con lo abundancia de consoladoras doctrinas que de su boca salian. Digna es de oirse la importante reflexión que con este motivo hace san Crisóstomo [1]: Nada atestigua tanto la afanosa solicitud de un labrador, como la abundancia de la mies que coge de sus campos; pues así tambien nada justifica mas la celosa constancia de un doctor, como el frecuente y numeroso auditorio. A ninguno de los que seguian á Cristo detenía lo trabajoso del camino, porque el amor espiritual y verdadero nunca siente cansancio ni fatiga. A ninguno retraía la solicitud ni cuidado de los bienes que poseía en la tierra, porque entraba por la puerta de la posesion del reino celestial. Porque en verdad no tiene sobre la tierra bien alguno que verdaderamente ame el que empezó á gustar de los bienes celestiales; porque así como el que gustó una vez manjares delicados, y se alimentó mucho tiempo de ellos, después le parece insípido y grosero el alimento comun, así tambien el que llegó á gustar una vez la dulzura de los manjares de Cristo, después se fastidia y no encuentra sabor grato al paladar de su espíritu en ninguno de los manjares de la tierra. En verdad que Jesucristo fué en esta ocasion aquella bella rosa que amaneció en los lindos campos de Jericó, tan celebrada por Salomon en los libros de su sabiduría; rosa blanca por la santidad de su justicia, y encarnada por la sangre de su pasion. Y así como la fragancia de la rosa se percibe desde lejos, y antes que se halle ó vea ya parece que se tiene, porque su olor se percibe, así pasando tambien el Señor por los caminos de Jericó, dos ciegos que en ellos habia percibieron la fragancia de su divinidad antes que experimentasen los efectos de su poder.

Feliz fué para aquellos dos infelices el rumor que oyeron ocasionado por la multitud de las turbas que segnian á Jesús. Muchos reyes y profetas quisieron oírle y no pudieron; pero ellos, que tuvieron la dicha de percibirle, empezaron á clamar: *Señor, Hijo de David, ten compasion de nosotros.* No quedaron defraudadas sus esperanzas, y el Señor mandó que los presentasen á él. Uno de

[1] Div. Crisostom. Hom. 36 Oper. imperfect. et inchoata. 211 [2]

ellos, mas conocido que el otro, se llamaba *Bartimeo*, esto es, *el hijo de Timeo*, á quien habian querido hacer callar muchos de los que pasaban porque gritaba mas que su compañero, repitiendo claramente el grito de la misericordia; mas habiendo oido que Jesús habia mandado se los presentasen, las mismas turbas se acercaban á él y le decian: Levántate y ten buena esperanza, pues ese hombre te llama. Al oír esto el ciego, saltando de alegría, soltó su manto y caminó corriendo con su compañero hácia el Salvador, el que antes de concederles lo que deseaban, les preguntó *¿qué era lo que pedian?* Respondieron sin detenerse: *Señor, abridnos los ojos, dadnos vista.* El Médico soberano, que no se hacia de rogar mucho cuando los que le suplicaban estaban animados de verdadera fe, conociendo que aquellos dos desventurados la tenian verdadera, movido á compasion, les tocó los ojos con su mano omnipotente y les dijo: *Ya podeis mirar; vuestra fe los ha dado la salud, y al mismo tiempo recobraron la vista.* Clamaron bien y rogaron oportunamente, porque clamaron y rogaron á la fuente de la luz, y por esto fueron en el instante iluminados. Como hombres los tocó el Señor, y los sanó como Dios. Cuando le llamaron Hijo de David, estuvo como suspensa la sanidad; pero cuando le apellidaron Señor, se les concedió la salud, para que conocieran que no les salvaba el Hijo de David, sino el Hijo de Dios. El que al Señor corre y le invoca con fe como los ciegos, experimenta en su corazon lo que ellos probaron en su cuerpo. Oye con fruto la voz del Señor que le llama, y experimenta en sí el tacto de la gracia, y queda iluminado por los elogios de la santa doctrina, consolado interiormente por los carismas de la gracia y fortalecido por los sacramentos de la Iglesia; con lo que queda hábil y expedito como aquellos ciegos para seguir á Cristo y publicar sus misericordias.

Orígenes asegura que por estos dos ciegos están representados los dos pueblos, el gentil y el judío [1]: el gentil, que estaba ciego por la idolatría; el judío, que lo estaba por la perversidad de las malas doctrinas que le enseñaban los escribas y fariseos, quebrantando los preceptos de Dios por las tradiciones humanas; y así como los cie-

[1] Origen. Tráct. 13 in Math. 1228 91. 420 et 427. 111 [2]

gós estaban sentados á la parte opuesta al camino, así estos dos pueblos lo estaban tambien, porque aunque al parecer tenían noticia de la ley, ignoraban el verdadero camino que es Cristo. Sanó primero el Señor un ciego antes de entrar en Jericó, y después dos al salir de dicha ciudad, con lo que quiso instruirnos, segun dice el venerable Beda [1], en que llamó un pueblo antes de su pasion, y dos después de su resurreccion y ascencion á los cielos, y por medio de los apóstoles manifestó con toda claridad á los judíos y gentiles, los arcanos incomprensibles de la union de la divinidad con la humanidad, y de su sacratísima pasion y muerte.

ORACION.

Amantísimo Salvador y benignísimo Padre Señor mio Jesucristo, que por nuestra salud quisiste beber el cáliz amarguísimo de tu pasion y ser bautizado con el bautismo de tu preciosa sangre, para enseñarnos que habias venido al mundo, no para dominar y mandar, sino para ser humilde servidor de todas las criaturas y dar tu vida por la redencion de todas ellas, ensalzándolas desde el abismo de la muerte y condenacion eterna, hasta el trono de la adopcion de hijos tuyos, asegurándonos el gozo de la ventura sin fin; dignate abrir mis ojos para que conozca que eres tú el amador eterno de las almas y que quieres introducir las en tu reino, que es todo de paz, en el que reinas tú como principe de ello. Dame amor á la cruz por donde se va al reino, y desprecio de la vanidad del mundo que conduce á la perdicion y privacion de los gozes de tu reino; y puesto que no hay en tí aceptacion de personas, que á todas igualmente miras, de todas te compadecees y á todas quieres salvar, mírame con atencion y verás que soy ciego en el entendimiento y en el corazon, pero que estoy llamando como miserable á la puerta del tuyo, para que me admitas á tu amistad y gracia y destierres las tinieblas de la ignorancia y el pecado que me apartan de tí que eres luz verdadera. Compadeceete de mí, Señor, pues me das á conocer mi miseria; cúbame de ella y no dejes

[1] Ven. Ved. in cap. 10 Marci.

tu obra á medio acabar. Ahíbrame para que te vea, atráeme para que te siga, humíllame para que te alabe. Tú sabes cuál es mi deseo; quiero conocerte, amarte y caminar en pos de tí hasta el fin de mi vida, con los piés del amor, con las alas del fervor y con el aliento de tu divina gracia. Yo soy la oveja que tú buscas representada en Zaqueo, y el enfermo que quieres sanar. Conozca yo la necesidad que tengo de tí, y ame esa bondad tuya que me viene á buscar; ella sola vence mi maldad, se anticipa á mi deseo y me pone en el corazon los afectos con que debo pedirte la medicina para sanar mi dolencia. Sáname, Señor, y quedaré sano; límpíame, y quedaré limpio, y será mi corazon preparado por tu gracia, digna habitacion para hospedarte y recibirte, y guiado entonces por tí, te seguiré por la imitacion todos los dias de mi vida, y mereceré después poseerte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo corresponde al XX del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 20 al 23; al XVIII del Evangelio de san Lucas, desde el versículo 35 al 53, y al XIX del mismo, desde el versículo 1.º hasta el 10, todos inclusive. Conténtanos san Marcos en el capítulo X, desde el versículo 32 al 52, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como Evangelio de la misa del día 25 de julio, en que celebra la festividad de Santiago apóstol, desde el versículo 20 al 23. Del texto del capítulo XVIII del Evangelio de san Lucas, como parte del de la misa de la Dominica de quincuagésima, desde el versículo 35 hasta el 43. Y del texto del mismo Evangelista en el capítulo XIX, desde el versículo 1.º hasta el 10, para la misa de la dedicacion de la Iglesia al Salvador ó de san Juan de Letran, en el día 9 de noviembre; y para la misa del comun de la dedicacion de todas las iglesias; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE SANTIAGO APÓSTOL A 25
DE JULIO.

San Mateo, cap. XX, v. 1.º

En aquel tiempo se llegó á Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. Y él le dijo: ¿Qué quieres? Djíole: Dí que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra y otro á la siniestra en tu reino. Jesús entonces respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Dícenle, podemos. Díjoles: El cáliz de cierto lo beberéis; mas el que os sentéis á mi diestra ó á mi siniestra, no me toca á mí concedérselo, si no es para aquellos á quienes está preparado [por mi Padre.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA DE QUINCAGESIMA.

San Lucas, cap. XVIII, v. 1.º

En aquel tiempo tomó Jesús á los doce apóstoles y les dijo: Veis aquí que subimos á Jerusalem, y allí se cumplirá todo cuanto los profetas han escrito del Hijo del hombre, porque será entregado á los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido; y después que le hayan azotado, le matarán, y al tercer día resucitará. Y ellos ninguna de estas cosas entendieron, y este razonamiento les era escondido y no entendían lo que les decía. Sucedió pues que al acercarse á Jericó, un ciego que estaba sentado junto al camino pidiendo limosna, oyendo pasar la gente, preguntó qué era aquello. Dijéronle que pasaba por allí Jesús Nazareno. Entonces gritó él diciendo: Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reprendían para que callase. Pero él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mí. Paróse entonces Jesús y mandó que se le trajese. Y habiéndose llegado le preguntó: ¿Qué

quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Djíole Jesús: Ves, tu fe te ha salvado. Y al punto vió y fué en su seguimiento dando gloria á Dios. Y todo el pueblo al ver esto alabó al Señor.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA
DEL SALVADOR A 9 DE NOVIEMBRE.

San Lucas, cap. XIX, v. 1.º

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús, iba por medio de Jericó, y he aquí un hombre rico llamado Zaqueo, que era cabeza de los alcabateros, el cual deseaba ver á Jesús para conocerle, y no podia por causa de la mucha gente, porque era de pequeña estatura. Y adelantándose corriendo subió á un sicómoro para verle, porque habia de pasar por allí. Habiendo llegado Jesús á este lugar, levantando los ojos le vió y le dijo: Zaqueo, baja presto, porque conviene me hospede yo en tu casa. Y bajó él á toda prisa y le recibió con gozo. Todos los que vieron esto murmuraban diciendo: Que habia ido á hospedarse en casa de un hombre pecador. Zaqueo entonces, puesto delante del Señor, le dijo: Señor, la mitad de mis bienes doy á los pobres; y si en algo he defraudado á alguno, se lo restituyo cuatro doblado. Djíole Jesús: Esta casa ha recibido hoy la salud, porque tambien este es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que habia perecido.